



Madrid 24 de Junio de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Aspiraciones religiosas [poesía], por don Narciso Campillo.—Los Niños viajeros, por don José M. de Larrea.—Modo de cuidar los pájaros, por doña Carmen Tamarit.—Flatterie et sincérité, por X.—Cendrillon, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Galería de hombres célebres: Virgilio, por don E. Hernandez.—La señorita Tócalo todo, por doña Robustiana Armijo de Cuesta.—Juegos de Niños, por don Emilio de Tamarit.

GRABADOS. Vista de Jerez.—La pajarera.—La Cenicienta.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

II.

Respeto á los ancianos y mayores.

DESPUES de los padres, nadie es mas acreedor al respeto que tus antepasados en particular, y los ancianos en general. Y por cierto que son bien dignos de ello, porque aun preescindiendo de la especial compasion que escita aquella debilidad que generalmente acompaña á la vejez, tienen en su favor la consideracion que se merece el haber contribuido con su

Tomo II.

ejemplo, y muchas veces con sus advertencias, á formar y perfeccionar los sentimientos de nuestro corazon.

Entre los pueblos de la antigüedad, habia algunos que tenian impuesto por medio de leyes el respeto á los ancianos; si bien hasta cierto punto dice poco en su favor semejante prescripcion, pues las leyes de amor deben hallarse grabadas en el alma, y no escritas en los libros, de todos modos supone que el respeto hácia la ancianidad ha sido de observancia general. Ya en los libros sagrados se encuentra este precepto que Dios impuso al pueblo escogido por medio de Moisés. *Levántate á la presencia del anciano; honra la senectud y teme al Señor.*

Mas no será completo el tributo de respeto

Núm. 24.

y veneracion que debes á aquellos si tu solicitud se limita á ofrecer tu asiento á sus cansados miembros, y á prestarles apoyo en su debilidad: es necesario que honres aquella cabeza que ha cubierto de blanco la nieve de los años; que contemples con veneracion las arrugas que los disgustos, al par que la edad han impreso en su rostro, y que oigas con religioso recogimiento las máximas que penosamente va sembrando en su conversacion, máximas que, por lo mismo que son hijas de la esperiencia, te servirán para que á ellas arregles tus acciones durante tu vida toda, mas que las sentencias impresas en las pías páginas de un libro.

Indudablemente la ancianidad, por lo mismo que convierte hasta cierto punto al hombre en niño, tiene impertinencias y ridiculeces que en muchas ocasiones llegan á causar molestia. Aquí es donde mas se deben probar los corazones: aquí es donde mas deben demostrarse los buenos sentimientos y el talento cultivado por el estudio y la educacion. Si alguna vez retoza en tus lábios una burlona sonrisa, excitada por el extravagante capricho de un anciano, apágala antes que estalle, y recuerda que con paso precipitado caminas hácia aquellas mismas incomodidades y ridiculeces; que muy pronto las arrugas surcarán tu rostro; cubrirán las canas tu cabeza; habrán perdido tus ojos el hermoso brillo de la juventud, y presa tus miembros de la mas estremada debilidad, quizás ni por tí mismo podrás valerte, necesitando el auxilio de los demás para dar un solo paso, y quizás hasta para llevar á la boca un miserable pedazo de pan. En este caso, del mismo modo que si tienes hijos te recompensarán con su comportamiento los buenos ó malos oficios que hayas prestado á tus padres, el Señor te pagará con creces los favores que hayas ofrecido á la desvalida ancianidad.

Hay algunos hombres que llegan á esa edad en que ni se participa de los placeres de la vida, ni se disfruta el descanso de la tumba, llenos de salud y robustez, y con un vigor diríamos impropio de su estado. Contentos con su suerte, satisfechos de su comportamiento durante su vida, quizás al echar una mirada á su

pasado no ven una sola accion de la cual deban arrepentirse, y sonríen al ver aproximarse la hora en que de par en par les serán franqueadas las puertas de la celeste mansion. Si te hallas en tu camino con un anciano semejante, busca su compañía: su conversacion te cautivará, su trato tendrá para tí mas atractivos que el de la misma juventud, y en sus máximas y sentencias encontrarás una enseñanza piadosa y duradera, cuyas lecciones jamás se borrarán de tu memoria. ¿Hay cuadro mas interesante que el de un anciano, inculcando los preceptos del deber al inocente niño que tiene entre sus rodillas? ¿Hay nada mas bello que esta escena de enseñanza por la ancianidad que muere á la juventud que nace? Ante espectáculo semejante el corazon se siente conmovido, y la veneracion, el respeto, la gratitud que brotan entonces hácia el pobre viejo, participan del cariño que el hijo profesa á su padre; tiene algo de ese amor hermoso é inextinguible que no tiene igual en el corazon.

Tal es, hijo mio, el respeto que debes profesar á la vejez: haz que las atenciones que les consagres puedan mas bien confundirse con el cariño que con la gratitud.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

ASPIRACION RELIGIOSA.

Cuando despliega su pujante vuelo
Osada el alma mia,
Sube y se encumbra á la region del cielo
Buscando eterno dia.

Allí le da la religion su manto,
Su antorcha la esperanza,
Bebe en la fuente allí del gozo santo,
Consuelo y dicha alcanza.

En místicos ensueños se adormece,
La paz y el bien admira,
Y un amor misterioso la estremece
Y lánguida suspira.

Es que en aquellas auras inmortales
Templa su ardor sublime,
Y olvida luego los profundos males
Con que el humano gime.

Por eso al descender al bajo suelo
Se baña de amargura;
¿Quién, si vió el sol espléndido sin velo,
Ama la niebla impura?

¿Qué rumor llegará dulce al oído,
Le halagará sonoro,
Si ha escuchado en la altura conmovido
Vibrar las arpas de oro?

¡Oh espíritu fogoso del poeta,
Mas rápido que el viento!
¡Desata el nudo vil que te sujeta,
Asciende al firmamento!

No es el lodo tu origen; que es la llama
De santo amor fecundo:
Oye la voz que de continuo clama,
«Tu patria no es el mundo.»

¡Rompe de la materia el lazo fuerte,
Álzate como nube,
Y al cielo, triunfadora de la muerte,
Sube, alma mía, sube!

NARCISO CAMPILLO.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

HUELVA.

Bien hubiera querido D. Claudio no tener que volver á embarcarse, y desde Antequera, donde los hemos dejado, dirigirse otra vez á Sevilla, por Mollina, La Roda, Pedrera, Osuna, Marchena, Mairena y Alcalá de Guadaira; pero por algunas cartas que recibió supo que sus negocios reclamaban indispensablemente su presencia en Cádiz y en Jerez. Volvieron, pues, á Málaga, que solo dista dos leguas de Antequera, y se embarcaron nuevamente para Cádiz, notando ya esta vez menos Carlota y su padre los efectos del mareo.

No les pesó volver á Cádiz, por lo mucho que aquella ciudad les había gustado, y despues de detenerse en ella los dias que fueron necesarios para los asuntos de D. Claudio, referentes todos á la herencia que acababa de recoger, volvieron á tomar billetes en el ferro-carril, pero solamente hasta Jerez.

Esta vez, como hacian el camino en sentido inverso, pasaron por San Fernando, Puerto-Real y el puerto de Santa María, y se apearon en la estacion de Jerez.

—Me alegro, dijo D. Manuel, que nos detengamos algun dia en esta ciudad, pues aunque no sea una poblacion tan notable como las que acabamos de visitar, todavía merece verse, y ha ganado mucho desde hace pocos años, teniendo hoy hasta alumbrado de gas, y rivalizando en cultura con muchas capitales de provincia.

—Mis asuntos aquí, dijo D. Claudio, están reducidos á recoger algunos títulos y documentos de mis nuevas posesiones que debe entregarme un escribano á cuya casa voy á dirigirme. Si entre tanto quieres enseñar á los niños lo que haya en la poblacion de notable, podemos quedar citados en una fonda, para comer y salir despues en el último tren para Sevilla.

Convino en esto D. Manuel y separándose de D. Claudio, llevó á los niños por las calles de la ciudad, que son estrechas y tortuosas en una parte de la poblacion, que es la mas antigua, y en la mas moderna anchas y despejadas, hallándose estas dos partes divididas por un lienzo de la antigua muralla.

Vieron *el Alcázar*, con murallas tambien y torreones; la *casa de Ayuntamiento*, con una portada que tiene muy buenas esculturas y algunos templos, entre ellos la *Colegiata*, edificio grande, pero no del mejor gusto. Mejor les pareció la *iglesia de San Miguel*, donde existe un hermoso retablo con estatuas y relieves, en la capilla mayor.

Despues se reunieron con D. Claudio y realizaron su propósito de volver á Sevilla en el último tren.

Ya hemos dicho que en Sevilla tenia casa propia D. Claudio, y en ella hubieron de descansar algunos dias, preparándose para continuar su viaje á la provincia de Huelva.

Aunque en Sevilla hay barcos dedicados exclusivamente á hacer la travesía á Huelva por mar, como D. Claudio era tan poco aficionado á embarcarse, prefirieron dirigirse por

tierra á aquella ciudad, y salieron de Sevilla por el barrio de Triana.

Durante el camino D. Manuel explicaba á los niños, segun su costumbre, los nombres y circunstancias especiales de los pueblos por donde pasaban.

—Este, les dijo despues de haber caminado tres leguas, es *San Lúcar la Mayor*, ciudad de la provincia de Sevilla, con buenos prados, muchos cortijos y fábricas de jabon; cuatro leguas despues llegaremos á *Manzanilla*, villa

capital de su provincia y puerto en el Océano, vieron que está situada en una especie de península en la ensenada que se forma entre la desembocadura de los rios Guadiana y Guadalquivir, cerca de la ría llamada tambien de Huelva, formada por los rios Odiel y Tinto.

—Me parece, papá, dijo Enrique, despues de haber dado una vuelta por la poblacion, que Huelva tiene muy poco que ver.

—Así es, respondió D. Manuel, esta villa ofrece pocas cosas notables. Ya veis que las ca-



Jerez.

ya de la provincia de Huelva, con hermosos viñedos y olivares; dos mas allá á *La Palma*, villa muy linda cerca del rio Tinto, con muchas huertas y arboledas; tres despues á *Niebla*, cuyos condes tan nombrados fueron en nuestras historias, habiendo sido creado este título por D. Enrique II de Castilla, que hizo merced de él á D. Juan Alonso de Guzman, tercer señor de San Lúcar, al casarle con su hija natural doña Beatriz de Castilla; otras dos leguas despues á *San Juan del Puerto*, sobre la ribera del mar, con muchos naranjos y otros árboles frutales, y entonces ya no nos faltarán mas que dos leguas para estar en Huelva.

Cuando llegaron á la villa de este nombre,

sas son sumamente sencillas...

—Pero confesarás, interrumpió D. Claudio, que á pesar de su sencillez no tienen una apariencia desagradable: no creo que sea muy mala la que me pertenece en la plaza de San Pedro...

—Sosiégate, replicó riendo D. Manuel; nada tengo que decir contra tu casa, y no tienes necesidad de emplear para defenderla esa pasion de propietario, muy parecida á lo que solemos llamar pasion de padre. Solo me permitirás que prefiera la casa llamada *Palacio del Duque*, que es de lo poco notable que hay en la villa.

—¿No hay aquí catedral? preguntó Carlota.

—No, hija mia: solo hay dos parroquias,

que son las de *San Pedro y Nuestra Señora de la Concepcion*, y se encuentran además algunas otras iglesias, como las de *la Merced*, *San Francisco* y las *Monjas Agustinas*.

—¿Y no hay nada mas que podamos ver?

—Únicamente unas minas de bastante mérito que surten de agua á una gran parte de la poblacion.

—Pues á mi, dijo Enrique, no me ha parecido mal la *Plaza de las Monjas*, donde hay un paseo.

—Y á mi, añadió Carlota, me han gustado mucho los alrededores de la villa.

—Eso es, en efecto, lo mejor que hay en ella. Como el terreno es desigual, de monte y llano, el campo es muy pintoresco, especialmente en la ribera llamada de Anicoba, poblada de viñas, naranjos y limoneros, entre dos rios, cuyas aguas surcan multitud de barcos.

—Pocos días tendremos que estar aquí, observó D. Claudio.

—Pues entonces, respondió D. Manuel, haremos una pequeña expedicion á *Ayamonte*, que está á ocho leguas, y es plaza fuerte sobre el Guadiana, en la frontera de Portugal; irémos tambien á ver las célebres *Minas de cobre de Riotinto*, y despues pasaremos á Badajoz.

JOSÉ M. DE LARREA.

MODO DE CUIDAR LOS PÁJAROS.

Entre las distracciones sencillas y poco costosas, hay una muy agradable y llena de interés para los niños: tal es la de criar pájaros, y de prodigarles con método é inteligencia esos mil cuidados que les hacen olvidar pronto la vida de los campos y la frondosidad de los bosques.

Mas ¡ay! los pájaros en jaula no son con frecuencia sino unos pobres prisioneros, que languideciendo en un estrecho espacio, aspiran á la libertad con toda la fuerza de su instinto; que se entristecen, y poco despues se vuelven malos, como todos los seres exasperados por los sufrimientos; si viven en pajarera el desorden se introduce á veces en la pequeña repú-

blica, y entonces no hay mas que peleas, huevos rotos, y plumas arrancadas. Sin embargo, es tan fácil endulzar su cautiverio, que bastan algunos cuidados para conseguirlo; cuidados un poco minuciosos, es verdad, pero que ellos recompensan largamente con su alegría y con sus melodiosos gorjeos.

Confieso desde luego, mis jóvenes lectores, que soy enemiga declarada de las jaulas estrechas, elegantes por su forma y por sus adornos, pero que condenan á esos pobres y pequeños seres á una vida sedentaria completamente opuesta á sus costumbres, y que es para ellos un suplicio: repruebo tambien las jaulas giratorias, que los obligan á moverse en un torbellino sin fin; y puesto que cambiando sus costumbres se alejan de su modo de ser natural, es fácil comprender cuán perjudicial es esto para su salud. Me gustan las pajareras grandes donde, gozando de una apariencia de libertad, pueden vivir á su gusto y revolotear con holgura. La gran cuestion es reunir, en cuanto sea posible, en esa existencia ficticia, todos los elementos de bienestar que ellos sabrian encontrar en la vida del campo.

Deben tener un espacio suficiente para volar; cañas fijas, á una distancia conveniente de las paredes de la jaula, para que sus colas no se estropeen al rozar con el enrejado; arena, ó aun mejor tierra un poco húmeda y bien desmenuzada, esparcida con abundancia en el fondo de la pajarera. Esto es indispensable, pues todos los pájaros comen pequeñas piedrecitas, que son para ellos una ayuda poderosa para la digestion; muchas especies se revuelcan en la arena ó el polvo, y este es un excelente medio para desembarazarse de los insectos llamados *mitas*, que son uno de los males que les acarrea su encierro, y perjudican tanto á su tranquilidad y á la hermosura de su plumaje; esta tierra debe renovarse todos los días. Me olvidaba decir que facilitará la limpieza de la jaula, pues así que se haya quitado la tierra, quedará el fondo enteramente limpio; y al esparcir otra nueva todos los pájaros acudirán ligeros para buscar las semillas, los granos germinados, los residuos de las raices, los hue-

vos de insectos, y otras muchas cosas imperceptibles para nosotros, que ellos no dejan de encontrar abundantemente. Esto les servirá además de mucha distraccion; y es preciso hasta donde sea posible, no descuidarse de ocupar su actividad febril, sin cuya precaucion podria muy bien degenerar en propension á las penden-
cias. Recomiendo tambien, por esta razon, darles pedacitos de madera bastante apolillados y húmedos para aplastarlos bajo sus dedos, ó por lo menos que se mellen fácilmente con las uñas; todos los pájaros comen de ello; y aun debemos creer será esto durante el invierno una parte de su alimento en el campo.

En cuanto á cuidados higiénicos no debemos dejar de hacer mencion de los baños, que tomarán con preferencia por la mañana; así antes de mudar la tierra de la pajarera se les pondrá en un plato grande y cóncavo, suficiente cantidad de agua para que puedan bañarse á su gusto, sin que por eso dejen de tocar el fondo. Será bueno sumergir en este baño algunas ramas de anagálida ó de cualquier otro arbusto, sobre las que se colocan inmediatamente los pájaros, de otro modo dudarán de entrar en el agua, cuya profundidad no pueden medir, y así estas ramas les ofrecerán un punto de apoyo y seguridad. Se llenará el baño muchas veces, si es necesario, y en menos de media hora se habrán bañado todos, y no

volverán á ejecutarlo hasta la mañana siguiente.

La pajarera debe estar colocada cerca de una ventana á la luz, pero no al sol, ó por lo menos éste no debe herirla en su totalidad, y al

aire cuando no haga frio. Si está cubierta puede dejarse sin inconveniente en el verano fuera de la habitacion, especialmente si no contiene mas que canarios; pero así que las noches refresquen y se tema la mas ligera escarcha, es preciso al instante poner á cubierto á ese pueblo de cantores que en su cautiverio es impotente, á pesar de su movilidad, para contrarestar los perniciosos efectos del frio. Por lo demas, tienen derecho á esperar, en cambio de su libertad, algunas compensaciones, y aun añadiré que cantarán mucho mas, si se tiene

cuidado de preservarlos de la humedad y del frio.

Aun nos resta tratar de la importante cuestion de los alimentos. La variedad en esto es muy esencial, pues si se da siempre á un pájaro una clase de grano que le gusta mas, no tardará en dejarlo por coger otros que le gustan menos, y esto solo por la necesidad de variar de alimentos. Deben, pues, tener dentro de la pajarera diversidad de granos, como mijo ordinario, mijo en espiga, semilla de lino, de colza, de navina, y cañamones; estos se escogerán pequeños, para que todos los pájaros



La Pajarera.

puedan abrirlos fácilmente, pero cuidando de que estén completamente formados. Si no se puede procurarles mas que cañamones grandes, es preciso quebrarlos un poco, y de cualquier modo será bueno darles una ración determinada.

Será menester igualmente quebrantar trigo moruno, maíz, y especialmente semilla de girasol; ésta es muy apetecida de los pardillos, la que, despues de la simiente de lino, es su principal alimento. Además de todo esto, es esencial darles yerbas, como anagálida blanca, llantén, acederas espigadas, lechuga tierna, yerba cana, y diente de leon, despues que han caido sus flores; estas dos últimas yerbas son las preferidas por los jilgueros. Para conservarlas frescas se forman manojitos que se colocan en pequeños vasos llenos de agua.

De cuando en cuando se les dará simiente de achicorias silvestres y de lechuga; y si se pueden encontrar algunas ramas cargadas de pulgon, pequeñas orugas, ó cualquier otra clase de insectos, el banquete será completo. Todos estos alimentos convienen igualmente á los boyerillos, los canarios, los verderones, los pardillos, los cardenales y los jilgueros.

Se conseguirá fácilmente criar los pájaros á la mano, alimentándolos con la pasta siguiente:

Se toma mijo sin cáscara, se pulveriza triturándolo sobre una mesa con un rodillo ó una botella; se pone esta harina en un vaso con un poco de agua, y se deja empapar en ella toda la noche; por la mañana se añade á esta pasta la mezcla siguiente, que entrará por mitad en la composicion del alimento: algunas migajas de bizcochos, semillas de navina, de cabezas y semillas de anagálida, y un poco de lechuga; despues se tritura bien todo sobre una piedra de mármal con la hoja de un cuchillo. Se les dará de esta pasta por lo menos diez veces al dia, con intervalos regulares, y cuanta quieran, sin hacérsela desear. Cada ración se completará con algunos insectos, como moscas, hormigas, orugas, gusanos de seda, pulgones, pequeñas langostas, y especialmente huevos de hormiga. Si no se puede procurarles insectos,

se reemplazarán con un poco de corazon de vaca bien machacado; pero de todos modos será necesario darles carne, porque hay que advertir, que sea el que quiera el alimento habitual de los pájaros, son insectívoros desde pequeños.

Es mucho mas fácil sustentarlos por medio de una aguja; pero se nota que entonces son menos cariñosos, y los he visto con frecuencia batir sus alas y demostrar gran alegría al distinguir la pluma ó la pequeña aguja que se usa para alimentarlos; por consiguiente, será bueno formar bolitas de pasta que se les darán con los dedos.

Con frecuencia, en el momento de la muda, los pajarillos pierden el apetito; en este caso, es preciso volver á cebarlos, si quieren tomarlo; en el contrario, se les procuraran insectos y todas las semillas que puedan escitarles mejor el apetito, como las de lechuga y achicorias silvestres.

Entre los pájaros que necesitan un alimento especial, debemos mencionar las currucas de cabeza negra, muy buscadas por su domesticidad, y mas aun por su hermosa voz; tienen el estómago muy delicado, pero se consigue conservarlas en su estado normal dándolas la pasta siguiente, que es necesario preparar todos los dias en verano, y de dos en dos en invierno. Se toma corteza de pan bien seca, sin que contenga absolutamente nada de miga (se debe preparar siempre de antemano); se tritura, se añaden cañamones y hojas verdes de berza, de modo que haya como una tercera parte de cada sustancia, y se machaca todo en un almirez de piedra, por lo menos durante media hora. Una vez por semana se dará á las currucas miga de pan empapada en leche, y siempre se tendrán á su disposicion pedacitos de manzana de la reina, que se fijarán entre los alambres de la jaula.

No quiero hablar de los paros, que con dificultad se conservan cautivos, y cuya indocilidad hace imposible tenerlos en una pajarera. ¿Quién pudiera suponer que un ave tan hermosa tuviese tan malos instintos? No abrigo prevencion alguna contra esos encantadores

pájaros; pero no les conozco ocupacion que les sea mas grata, que la de desplumar á sus compañeros.

Casi lo mismo puedo decir de los gorrones, aunque estando domesticados son tal vez los mas inteligentes y cariñosos de todos los pájaros; y como por esta razon les tengo una aficion decidida, debo confesar que su encantadora travesura está algunas veces realzada por un natural un poco terco y pendenciero, que hace bastante difícil su morada en una pajarera; sin embargo, domesticándolos desde pequeñitos, se dobla mucho su índole.

Me detengo aquí, queridos niños, pues advierto que he abusado tal vez del espacio y del tiempo que querriais concederme, y solo añadiré algunas palabras: los pájaros cuidados como acabo de indicar, conservan en toda su hermosura el brillo de su plumaje, y cantan en todas las estaciones... Son unas brillantes flores animadas, que celebran una eterna primavera.

CÁRMEN TAMARIT.

FLATTERIE ET SINCÉRITÉ. (1)

Un souverain d'Orient, voulant choisir un confident à la fois sincère et habile, imagina l'épreuve que voici: il fit venir un soir dans son palais les cinq personnes de sa capitale qui passaient pour avoir le plus d'esprit. Aux doigts de sa main gauche brillaient cinq diamants d'une grosseur prodigieuse.

Il leur dit:

«Je vous ai rassemblés ici tous les cinq, dans l'espérance que vous me ferez entendre la vérité. Vous voyez ces cinq superbes diamants, ils seront la récompense de votre sincérité. Parlez: que pensez-vous de ma puissance et de ma gloire?»

Quatre s'empresèrent successivement de répondre. Éblouis de la grosseur et de la beauté des diamants, ils se flattaient d'en obtenir un. Ils exaltèrent donc à l'envi l'un de l'autre la grandeur du souverain; ils l'élevèrent au-dessus de tous les héros de l'histoire;

ils parlèrent avec enthousiasme de ses talents et de ses vertus, et finirent par l'élever si haut, si haut, qu'ils n'auraient trouvé d'expressions nouvelles pour parler de la grandeur et de la puissance de Dieu.

Le roi ôte quatre diamants de ses doigts et les leur distribue. Puis, s'adressant au cinquième:

«Et toi, lui dit-il; pourquoi gardes-tu le silence? Dis-moi, aussi, je le veux, ce que tu penses de ma puissance et de ma gloire.

—Je pense, répondit-il, que votre puissance est un dépôt que Dieu vous a confié pour le bonheur de vos peuples, et dont il vous demandera un compte sévère; je pense que votre gloire sera fausse et périssable si vous la faites consister dans l'éclat et dans les conquêtes, et non dans le sévère accomplissement de tous vos devoirs.»

Le roi répondit:

«Je ne te donne pas le cinquième diamant, mais ma confiance et mon amitié. Reste toujours auprès de moi; j'ai trouvé l'ami que mon cœur cherchait.»

Le lendemain, les quatre autres viennent au palais, tout effarés, dire au roi que le joaillier qui lui avait vendu ces diamants l'avait trompé, qu'ils étaient faux.

«Eh quoi! répondit le roi en riant, croyez-vous que je ne le savais pas? Vous me donnez de fausses louanges, je vous donne de faux diamants. Je vous ai payés de la même monnaie: de quoi vous plaignez-vous?»

X.

CENDRILLON.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

I.

Entre los numerosos cuentos inventados para recreo de los niños, y que de boca en boca pasan de una á otra generacion, hay uno mas conocido quizá que los otros, porque su fondo moral, unido á su forma fantástica ó poética

[1] La traduccion en el número inmediato.

que impresiona la mente del niño, le hacen superior á los demás.

Este cuento, mas popular en Francia que en España, allí con el nombre de *Cendrillon*, y aquí con el de *Cenicienta*, que en ambos idiomas significa lo mismo, fué escuchado en su niñez por nuestros abuelos, que se lo transmitieron á nuestros padres, quienes á su vez nos lo han referido para que nosotros aprovechemos en beneficio de nuestros hijos la enseñanza moral que encierra.

Tiempo hacia que nosotros, amantes de las tradiciones populares, queríamos dar á conocer á los niños, que aun le ignoren el cuento de la *Cenicienta*, grabándole mas y mas en la mente de los que le conozcan, y hoy ya no resistimos á nuestro deseo de referirle, prefiriendo á la española la version francesa, que tiene aun mayor encanto é interés. En Francia es ideal

y poético el nombre de *Cendrillon*, y hasta se ha dado por título á un periódico dedicado á las niñas.

Hé aquí su historia:

Pues señor, érase un caballero muy rico, casado en segundas nupcias con una mujer la mas altanera y orgullosa que se puede imaginar, la cual llevó al matrimonio dos hijas que en todo se le parecían, en rostro y en carácter. El marido tenia tambien una hija de su primer matrimonio, la que habia heredado de su virtuosa madre un carácter dulce y bondadoso,

que formaba singular contraste con el agreste y altanero de sus hermanas políticas.

Apenas se efectuó la boda, la madrastra hizo sufrir á la hija de su marido todos los efectos de su mal carácter y del odio que la profesaba por sus buenas prendas, que hacian resaltar doblemente los defectos de sus hijas.

Así fué que para oscurecer sus gracias y alejarla de la vista de las gentes, la encargó de todas las ocupaciones groseras de la casa, y la pobre niña era quien barria, fregaba y cuidaba de la cocina, durmiendo en las habitaciones altas en un mal jergon, mientras sus hermanas tenían lujosos dormitorios y camas mullidas, de donde pasaban á sus respectivos tocadores, adornados con espejos de cuerpo entero, en que podian contemplarse de piés á cabeza.

La pobre joven sufría tantas injusticias con la mayor resignacion, sin

atreverse á quejar á su padre, que dominado por su perversa esposa, la hubiera rechazado duramente; y cuando terminados sus quehaceres domésticos podia sentarse á reposar, tenia necesidad de hacerlo en un rincon de la cocina, ó al lado del mismo hogar entre las cenizas, porque nunca la permitian penetrar en las habitaciones principales ocupadas por el resto de la familia.

La costumbre de sentarse entre la ceniza hizo que sus hermanas principiases á llamarla *Cendrillon*, esto es, *cenicienta*, lo que escu-



La Cenicienta.

chado por su madre fué acogido con regocijo, ponderando que la tal frase hacia honor al ingéño de sus hijas, y en breve nadie dió á la jóven otro nombre que el de *Cendrillon*.

Y no obstante *Cendrillon*, entregada á las ocupaciones mas bastas y groseras, y envuelta en sus humildes ropas, aparecia doble mas bella que sus hermanas cubiertas de sedas, encajes y joyas, porque la verdadera hermosura no necesita galas para brillar; y la dulzura, la obediencia y la conformidad, virtudes que poseia en alto grado *Cendrillon*, hacen hermoso el rostro mas castigado por la naturaleza.

(Se continuará)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES.

VIRGILIO.

Publio Virgilio nació en Andes, aldea situada en las inmediaciones de Mántua el año 70 antes de nuestra era. Su padre era alfarero y se llamaba *Maron*, su madre *Maia*: de los trece á los diez y seis años estudió en Cremona, con notable aprovechamiento, como lo demuestran sus obras, el griego, las matemáticas, la física y la astronomía.

Después de la batalla de *Filibé*, en Macedonia, ganada en tiempo de Bruto y Casio, el año 711 de Roma, Octavio Augusto cedió á sus soldados, por vía de recompensa, los terrenos de la cercanías de Mántua, para que los cultivasen ó fabricasen casas, y por consiguiente el padre de Virgilio se vió privado de cuanto poseia y reducido á la miseria. Virgilio, que en aquella época tenia veinte y ocho años, pero que aun no era conocido por sus obras, hizo que le presentáran á *Pollion*, jefe del ejército que ocupaba el pais, cultivó con asiduidad su trato y acabó por grangearse su afecto, con la simple lectura de sus *Georgicas*, hasta el punto de no vacilar en recomendarle eficazmente á Mecenas, que residia en Roma. Éste le acogió con su proverbial cordialidad y le presentó al Emperador como una esperanza de la poesia;

Octavio, movido por sus súplicas y atento á su inteligencia, mandó que fuesen restituidos á su padre sus bienes que, como ya hemos dicho, consistian en tierras. Regresaron á Mántua y luego á Andes padre é hijo para tomar posesion nuevamente de ellas, pero el soldado á quien habian correspondido en suerte negóse resueltamente á restituirlas, amenazádoles de palabra y aun de obra: Virgilio, movido de una justa indignacion, acometióle espada en mano, pero menos diestro ó menos fuerte que su antagonista, tuvo que arrojarle al Mincio y cruzarle á nado huyendo de una muerte segura.

A la edad de treinta años, y á los siete de un trabajo asiduo y constante como requieren las obras de la inteligencia, escribió las *Georgicas*, y comenzó la *Eneida*, que no pudo terminar por haberle sorprendido la muerte cuando la daba la última mano, á los cincuenta y dos años y once meses del dia de su nacimiento. Tan poco satisfecho estaba de su última obra, que antes de morir, suplicó á sus amigos que la quemaran: no lo hicieron afortunadamente, y Augusto encomendó la tarea de revisarla y corregirla á Tucca y Vario, poetas y amigos de Virgilio.

Sus restos mortales fueron trasportados á Nápoles, segun su voluntad, y depositados en una modesta sepultura en el camino de Puzzoli.

Desde su aparicion en el mundo de las letras, fué su mérito apreciado en lo que valia, lo que raras veces acontece. El elogio que hizo en el canto tercero de la *Eneida* de Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto, muerto á los veinte años, valióle la crecida suma de diez *seistercios* que le mandó entregar su desconsolada madre.

Otra singularidad ofrece la vida de este célebre poeta: no fué envidiado y murió rico.

La dulzura de sus versos competia con la de su carácter: las virtudes de su alma superaban á las creaciones de su inteligencia.

Envidiemos á los hombres en cuya sepultura, como en la de Virgilio, pueden esculpirse estas palabras: «Fué hombre de talento y hombre honrado.»

E. HERNANDEZ.

LA SEÑORITA TÓCALO TODO. (1)

«El imprudente tiene siempre la vida en peligro.»

Nada mas desagradable, y peligroso á la vez, que el hábito que contraen los niños de tocar todos los objetos que se presentan á sus ojos. Una imprudencia de este género, y que desgraciadamente fué seguida de consecuencias fatales, es la que ha dado motivo al triste ejemplo de que vamos á ocuparnos.

Adela era una hermosa niña de diez años, amable y dócil en general; pero acostumbrada á tocar y revolver todo lo que llamase su atencion, mostrándose en esta fea costumbre tan obstinada é incorregible, que se hubiera podido creer que no veía sino con las manos.

Su indiscrecion habia ya recibido con frecuencia algunos castigos, hijos de su culpa: infinitas veces se habia quemado los dedos por tocar las planchas; habia incendiado sus vestidos por arrimarse á las hornillas, y hasta las garduñas le habian mordido los dedos; pero ni estos ni otros mil tormentos fueron bastantes á corregir su imprudente costumbre.

Por todo esto la citada Adela era conocida entre todos los niños de su edad por el epíteto de *Tócalo todo*.

Una mañana que Adela salía en compañía de su niñera para ir á la escuela, encargó su padre á la doncella que llevase una carta al instante á casa de un pintor amigo suyo, y como la carta requería una respuesta pronta, la niñera se dirigió con Adela á casa del pintor antes de llevarla al colegio.

El pintor hizo entrar á las dos en su taller, leyó la carta, y dejando á un lado la paleta y los pinceles, se acercó á su escritorio para responder inmediatamente á ella, en tanto que Adela habia ya tocado y manoseado los lienzos, y hecho girar repetidas veces los resortes del maniquí, al que tomaba por una muñeca colo-

sal, fijando al fin toda su atencion en la paleta cargada de colores brillantes.

Adela se acercó á ella, la miró, tocó todos los colores con las puntas de los dedos, pasó revista á todos los pinceles, y al fin se puso á pintar fajas de colores en una grande hoja de papel que estaba cerca de la paleta. Sin reparar en el sabor acre de las pinturas, mojaba los pinceles con la boca, cogía con los dedos polvos de cardenillo y de minio, y los echaba sobre las pinceladas negras, y solo cuando el pintor se levantó y entregó la carta á la niñera, hizo un momiviento rápido, soltó los colores y se acercó á la puerta para evitar que la viesén.

El pintor entregó la carta á la niñera, que salió llevando á Adela de la mano; mas apenas salieron á la calle, miró á la niña y dió un grito diciendo:

—¡Ay, señorita, como se ha puesto Vd.!

Adela estaba en efecto completamente desconocida. Una gran mancha negra le cubria casi toda la mejilla derecha, una línea azul atravesaba de arriba á abajo la izquierda, la nariz estaba cubierta de espinas de color de violeta y encarnadas, lo mismo que la barba. Sus manos eran una horrorosa mezcla de todos los colores, completando el grotesco cuadro su vestido blanco salpicado de amarillo y de color de púrpura.

—Pues qué tengo? preguntó sencillamente Adela.

—Qué tiene Vd., señora? que no tiene figura humana.

Adela, espantada, miró su vestido, despues sus manos, y de repente, avergonzada y llorando, suplicaba á la niñera que la ocultase las manchas del vestido haciendo pliegues con alfileres; pero era imposible ocultarlo. Los transeuntes fijaban la atencion en aquella figura diabólica, y la pobre Adela oía sin cesar las burlas de los ociosos y las risas de los niños.

—Eh, eh! gritaba uno; parece que este año se prolonga el carnaval.

—Señorita, gritaba otro; ¿dónde está vuestro padre don Arlequin?

—Eufemia! Eufemia! gritaba Adela desconsolada y ocultando la cara con las manos;

[1] Este cuento pertenece á un tomito de Educacion que con el título de *Flores del Paraíso* se vende en la librería de Cuesta, calle de Carretas, y que recomendamos á nuestros jóvenes lectores.

llévame por Dios á casa para mudarme de traje.

Pero la niñera queria corregir la mala costumbre de Adela y se hacia la sorda.

—Eufema, Eufemia, por Dios!

—Señorita, respondió al fin con serenidad; me han dado la orden de llevar á Vd. al colegio y debo obedecer.

—¿Pero no ves que me voy á morir de vergüenza?

—Bah! no se muere nadie por tan poca cosa, y llevaba á la fuerza á Adela; mas apenas hubieron andado unos cinco pasos, cuando se vieron rodeadas por una porcion de muchachos que se pusieron á danzar en derredor de su matizada compañera, á la que aun no habian podido conocer en fuerza de tantos colorines como llevaba en la cara.

Por desgracia uno de los chicos la reconoció al fin y empezó á gritar:

—Calla! si es la señorita ¡*Tócalo todo!*

—Ah! ah! *Tócalo todo, Tócalo todo.* Señorita: buenos dias Colorin; ¡qué desgracia! vaya una rosa que le cuelga de la barba.

Adela lloraba á mares, queria esconderse y no tenia donde; sus lágrimas destañian los colores y la hacian mas grotesca. Rodeada de muchachos que gritaban y reian, llegó hasta el colegio, donde los suspiros ahogados la sofocaron, hasta el extremo de caerse en brazos de su niñera. Cuando volvió en sí, se vió atacada de fuertes dolores de vientre y de una sed devoradora; despues empezó á vomitar y á alterarse de una manera imponente. Pocos momentos despues fué examinada por el médico del colegio, y declaró éste que Adela estaba envenenada.

Es imposible figurar el terror de la directora, de la niñera, y sobre todo de Adela.... Al considerarse envenenada por haber jugado con las pinturas, al pensar que tal vez no volveria á ver á sus padres ni á sus hermanos, se afligia su corazon tanto mas, cuanto que su imprudente costumbre habia sido la causa de su desgracia.

—Sí, señorita, decia el médico; el cardenillo sobre todo, el cardenillo es el que os pone mas en peligro.

Al fin, merced á todos los recursos del arte y al esmero de su familia desconsolada, se consiguió arrancar á Adela de una muerte horrosa: pero su salud quedó sin embargo muy resentida.

La niña convaleció; pero desde entonces se mostró tan juiciosa y comedida en todas partes, que logró que se olvidasen completamente de su nombre de *Tócalo todo*.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

EL INCENDIO.

Un incendio estalló en una casa. Los vecinos se reunieron y comenzaron á tratar y á disputar sobre la parte por donde podria apagarse mas pronto. Mientras lo acordaban fué la hermosa casa presa de las llamas.

En los peligros vale mas obrar que hablar.

B.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL PEON DE MÚSICA.

Consiste en una esfera hueca de madera ó metal, en la que se ha practicado un agujero para que entre el aire, produciendo así un sonido bastante fuerte á consecuencia del rápido movimiento que se le imprime.

EMILIO DE TAMARIT.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Marcelino Martinez.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.